REVISTA

PORQUÉ?

¿Por qué hemos llegado hasta aquí?

OCTUBRE 2017

Doscientos años de historia para explicar la crisis entre Cataluña y España

El llamado conflicto -o mejor sería más hablar de dialéctica- "nacional" entre Cataluña y España, ha marcado el conjunto de la historia contemporánea de España, aunque con intensidad y desenlaces diferentes según las etapas y las coyunturas.

Paola Lo Cascio (*)

ELos nacionalismos tal y como los entendemos hoy en día son un producto de la contemporaneidad. Es decir, no han existido desde siempre. Al contrario, comienzan a emerger con el fin del Antiguo Régimen y se desarrollan a lo largo del siglo XIX. La razón de ello es que las identidades nacionales cumplen con la función de proporcionar un sentido de comunidad nuevo en un momento de cambio, cuando las lealtades y las fidelidades anteriores se rompen.

El caso español y catalán no son una excepción, aunque sí un caso un tanto particular. El moderno nacionalismo español de hecho arranca con la Guerra de la Independencia frente a Francia y tiene su punto álgido en la Constitución de Cádiz de 1812, que significó -con todos los límites que podía tener-, la apuesta de la creación de un proyecto político modernizador. En este proyecto las élites catalanas se implicaron con fuerza, y lo hicieron a lo largo de todo el siglo XIX no considerándolo incompatible con el resurgimiento cultural e identitario comenzado con la Renaixença en la década de los 1840. Incluso en sus dos declinaciones conservadoras y progresistas, el naciente nacionalismo catalán se articula buscando alianzas o bien con el carlismo o bien con el republicanismo federal español, al punto de que "catalanistas" destacados juegan un papel importante en la Revolución de 1868 y en la Primera República.

La Restauración borbónica y sobre todo las dificultades del estado español de configurarse como un proyecto atractivo político y económicamente para las élites catalanas - especialmente tras el desastre de 1898-, decantan a una parte del catalanismo a buscar vías propias. Es en este marco que nace en 1901 el primer partido propiamente catalanista, la Liga Regionalista de Enric Prat de la Riba y Francesc Cambó. ¿Se trataba de un partido independentista? No. Era un partido monárquico y conservador que tenía el propósito de luchar por la autonomía catalana dentro del Estado español. A pesar de su carácter derechista desde un punto de vista ideológico -sus sectores sociales de referencia eran la burguesía industrial y los terratenientes-, tenía un funcionamiento moderno como partido (fue por ejemplo el primero en tener un diario propio) y una concepción en cierto modo actualizada de la dinámica de funcionamiento de una sociedad industrial como era en ese momento la catalana.

Prat de la Riba (arriba) y los miembros de la ponencia que sentó las bases de la Mancomunitat de Catalunya

Nace la Mancomunitat de Cataluña

La culminación de los esfuerzos políticos hechos en aquella primera etapa de existencia fue la construcción de la Mancomunidad de Cataluña en 1913, una institución que agrupaba las funciones de las cuatro diputaciones provinciales catalanas. No se trataba de una institución de autogobierno como la conocemos hoy ya que ni tenía las competencias de las comunidades autónomas ni, sobre todo, disponía de un parlamento elegido por la ciudadanía que pudiera legislar. Sin embargo, y hasta su supresión durante la Dictadura de Primo de Rivera en 1925, desarrolló una tarea importante en muchos campos, que van desde la educación hasta las infraestructuras. Dicho en otras palabras, se constituyó como la forma de institucionalización de los intereses catalanes (o mejor dicho de los intereses burgueses catalanes, al igual que los gobiernos estatales reflejaban los intereses de los sectores dominantes en el conjunto de España) durante una etapa significativa.

La I Guerra Mundial, a pesar de que España no participara, tendría un impacto importante y sus derivadas acabarían influyendo también en las relaciones entre Cataluña y España (hablamos de chavales de 10 o 12 años, no sé si saben esto). En 1917 se abriría una crisis social y política sin precedentes en España que marcaría el comienzo de la quiebra definitiva del sistema de la Restauración. En este marco de cambio de ciclo volvería a aparecer la cuestión catalana en el momento en que diferentes fuerzas políticas catalanistas -de derechas y de izquierdas - protagonizarían una larga campaña para la obtención de un estatuto de autonomía que finalmente no se conseguiría. Vendrían años más oscuros: ante la etapa de confrontación social seguida a la guerra y que se prolongaría hasta 1923, fue la misma Liga Regionalista a pedir la intervención del ejército para restablecer el orden y favorecer la implantación de la dictadura de Primo de Rivera. Poco después el nuevo régimen suprimiría la Mancomunidad y pondría en marcha toda una legislación de clara inspiración centralista y homogeneizadora.

Ciudadanos de Barcelona celebran la proclamación de la República, en 1931

La República reabre la 'cuestión catalana'

La cuestión catalana se volvería a abrir a las puertas de la República, esta vez con una hegemonía totalmente diferente. La Liga, considerada responsable de la Dictadura de Primo de Rivera, perdería su capacidad aglutinadora, mientras que afirmaba un nuevo catalanismo popular difundido, que cuajaría en 1931 en torno a un nuevo partido catalanista y republicano, Esquerra Republicana de Catalunya. Lo haría ya a partir de las elecciones municipales que darían pie a la abdicación del Rey Alfonso XIII y a la proclamación de la República, en abril. En un primer momento, Francesc Macià, máximo dirigente de ERC proclamaría la República Catalana como estado dentro de la Confederación Ibérica. El gesto de Macià precipitó la negociación con el gobierno provisional del Estado y finalmente desembocó en la redacción de un estatuto de autonomía que preveía la construcción de una nueva institución de autogobierno -esta vez sí con un parlamento y capacidad legislativa - que recuperaría el nombre tradicional de Generalitat de Catalunya.

En el caso del estatuto de Núria (de la población donde se redactó), la tramitación fue complicada porque el proyecto fue redactado para una ponencia y aprobado por la población en referéndum antes de ser tramitado en las Cortes. En aquella circunstancia pues, una cámara legislativa estatal modificó “a posteriori”, un texto sobre el que la población ya se había pronunciado. El debate en las Cortes entre enero y abril de 1932 fue muy intenso, en medio de una campaña durísima de la derecha española y también de la oposición de intelectuales liberales importantes como Unamuno o el mismo Ortega y Gasset.

Efectivamente el texto fue “adecuado” a la letra de la Constitución Republicana, disminuyendo su alcance y dejando atrás una serie de competencias. Aún así significó la conquista de un nivel de autogobierno muy significativo, que incluía, por ejemplo las competencias en materia de justicia o de orden público. En momento de cambio, pues, la cuestión catalana se había transformado en una faceta de la democratización y modernización del Estado español:
Cataluña - “región autónoma”, tal y como la definía la misma constitución de 1931-, devenía se convertía en uno de los poderes legislativos de la nueva República española, sobre la base de un esquema que inauguraba el paradigma de las soberanías compartidas.

La vida de la Generalitat republicana -que quedaría ininterrumpidamente bajo control de ERC-, en época de paz fue fecunda pero agitada. Si bien es cierto que se pusieron en marcha toda una serie de modernizaciones en diferentes campos como la escuela, la ordenación territorial interna o las políticas de trabajo es verdad también que sobre todo a partir de la victoria de las derechas en las elecciones de 1933 los conflictos competenciales con el Estado experimentaron un aumento importante.

El ‘6 de Octubre’ y los aires de revolución

Lluís Companys, presidente de la Generalitat de Catalunya

Dentro del marco de este conflicto se inserta también la crisis más dura entre las instituciones catalanas y estatales durante la Segunda República. El conflicto sobre la ley llevó a las dimisiones del presidente del gobierno español Samper y su sustitución por el radical Alejandro Lerroux que abrió la participación en el Gobierno a ministros de la CEDA (partido conservador) de Gil Robles. Muchos leyeron este gesto como la antesala de una involución de tipo fascista. Así lo hizo el PSOE que llamó a la huelga y el mismo Companys (presidente de Cataluña) que proclamó, el 6 de octubre, con estas palabras el Estado Catalán dentro de la República Federal Española:

«En esta hora solemne, en nombre del pueblo y del Parlamento, el Gobierno que presido asume todas las facultades del Poder en Cataluña, proclama el Estado Catalán de la República Federal Española y en restablecer y fortalecer la relación con los dirigentes de la protesta general contra el fascismo, los invita a establecer en Cataluña el Gobierno Provisional de la República, que encontrará en nuestro pueblo catalán el más generoso impulso de fraternidad en el común anhelo de edificar una República Federal libre y magnífica”.

El movimiento de huelga tuvo eco revolucionario en Asturias, mientras que en Cataluña, la falta de implicación de los sindicatos anarquistas hizo quebrar el movimiento. En ambos casos la represión fue feroz. Y en el caso catalán se tradujo también en la suspensión de la Generalitat y en el encarcelamiento de todo el gobierno. La normalidad democrática volvería, aunque durante poco tiempo, con las elecciones de febrero de 1936 y la victoria del Frente de Izquierdas. Pocos meses después estallaría la Guerra Civil.

Imágenes de la Guerra Civil española (1936-1939)

La Guerra Civil y la larga noche franquista

Durante el conflicto -quedando Cataluña durante buena parte del tiempo en la retaguardia republicana- la Generalitat tuvo que disputarse el control del marco político y operativo sobre todo con el nuevo poder surgido al calor de los movimientos revolucionarios de julio. Volvería a reconquistarlo (o, mejor dicho, lo compartiría) entre el verano y el otoño de 1936, aunque los conflictos internos en el frente republicano obligaron a Companys a pedir la intervención del gobierno central para garantizar el orden público, que se tradujo en un objetivo recorte de competencias.

La entrada de las tropas franquistas en Lleida en abril de 1938 -cuando el ejército de ocupación derogó formalmente el estatuto de Núria- anticiparía la cruda realidad que viviría el país después de la guerra. A partir de febrero de 1939 el franquismo se comprometió a destruir las instituciones de autogobierno y reprimir cualquier expresión de identidad colectiva de los catalanes que no fuera meramente folclórica. Sin embargo, en la larga noche franquista la reivindicación del restablecimiento del autogobierno fue una de los ejes de la lucha antifranquista. El lema de los cuatro puntos de la Asamblea de Cataluña era:
libertad, amnistía, estatuto de autonomía y coordinación con el resto de los pueblos del estado en la lucha.

Y la "cuestión catalana" volvió a ser un elemento fundamental del proceso de cambio democrático en España. Con las movilizaciones desde principios de los años 70 y sobre todo, a partir de las elecciones de 1977, cuando el 85% de las candidaturas que obtuvieron representación pedían el restablecimiento de la Generalitat. También se debe recordar cómo en aquellas elecciones se visualizó una fuerte hegemonía de las izquierdas y probablemente fue este elemento el que dio una resolución rápida y en cierto modo rocambolesca a la situación.

El presidente del Gobierno español, Adolfo Suárez, contra toda previsión, facilitó el regreso del presidente Tarradellas en otoño de 1977 -antes de la aprobación de la Constitución-: el detalle importante es que permitió su regreso como presidente de la Generalitat, el único acto de ruptura legal de toda la Transición. La idea era favorecer el encauzamiento de unas instituciones de autogobierno catalanas sin que fueran hegemonizadas por las izquierdas, con un gobierno de unidad presidido por el mismo Tarradellas. Más adelante una comisión de veinte diputados catalanes en las Cortes redactaría el Estatut de Sau, y esta vez -teniendo presente lo que había pasado en la época de la República- su tramitación en las Cortes se haría una vez aprobada la Constitución y el texto, que se sometería al voto popular (en noviembre de 1979), sería el definitivo.

Probablemente por ello las vicisitudes del estatuto de 2006 (que pretendía reformar el de Sau), tienen un peso importante en la explicación del conflicto que finalmente ha derivado en el 1 de octubre. Aquel proceso se había hecho respetando la secuencia prevista por la Constitución: primero el parlamento catalán, después las Cortes y finalmente el voto popular. En el momento en que se produce la sentencia del Tribunal Constitucional en 2010 que rechaza el Estatuto y se añade, de facto, un último paso de la secuencia que altera lo que la ciudadanía catalana había votado se genera una herida democrática que acaba haciendo tambalear todo el sistema de garantías imaginado por la Constitución de 1978.

(*) Paola Lo Cascio

Paola Lo Cascio (Roma, 1978) es historiadora y politóloga. Se doctoró en historia contemporánea por la Universitat de Barcelona y se licenció en Ciencias Políticas en la Universidad de La Sapienza. Es profesora del Departamento de Historia Contemporánea de la UB. Es autora de múltiples libros, sola o en colaboración con otros autores: Nacionalisme i autogovern; El espacio nacionalista e independentista, La responsabilità fascista nei bombardamenti durante la guerra civile: Feixisme i antifeixisme des de la Guerra Civil fins a la Transició. La Guerra Civile Spagnola. Una Storia del Novecento.

El 1 de octubre, o la dura búsqueda de la verdad

Un análisis completo y riguroso sólo puede hacerse con la perspectiva del tiempo y la distancia de las emociones. Y nada de esto lo tenemos ahora. Estamos impactados por la represión policial. Indignados. Pero aún tenemos muchas más preguntas que respuestas

Víctor Saura (*)

Lo primero que tienes que entender sobre lo que ha pasado estos días es que todo lo que te pueda explicar yo, o cualquier otro, será sólo una interpretación personal, parcial y provisional. No es la verdad ni mucho menos. A estas alturas, ningún analista honesto puede hacer una lectura completa y categórica de los hechos, sencillamente porque el libro aún se está escribiendo. Estamos a medio camino. Un análisis completo y riguroso sólo puede hacerse con la perspectiva del tiempo y la distancia de las emociones. Y nada de esto lo tenemos ahora.

Los historiadores analizan un hecho histórico fijándose en las causas que lo originaron y las consecuencias que tuvo. Es esto lo que nos permite comprenderlo verdaderamente: qué factores ocasionaron que se llegara a un punto determinado, qué sucedió entonces, y qué desencadenó aquello. Si consideramos los hechos del domingo 1 de octubre como este punto determinado podremos empezar a explorar cómo se llegó hasta aquí, pero nuevamente hay que insistir en la necesidad de considerar todo análisis provisional. Como estamos a media película, y la interpretación que hagan hoy los periodistas, que será muy variada según su ideología, puede no coincidir con la que dentro de unos años hagan los historiadores, que también será variada según su ideología. Pero esos segundos tendrán mucha más información y, sobre todo, podrán emitir su juicio habiendo conocido las consecuencias y no sólo las causas.

La hora del pensamiento crítico

Situémonos, pues, en los hechos del domingo 1 de octubre. ¿Cómo llegamos hasta allí? ¿Por qué una parte muy importante de la sociedad catalana reaccionó parapetándose en los colegios electorales? ¿Por qué se registraron las cargas policiales contra la población que sólo quería depositar una papeleta en una urna? Estas son preguntas que nos podemos formular e intentar responder hoy, ya que conciernen sólo a la parte de las causas. En cambio, no tenemos todavía respuesta a preguntas como: ¿estaba justificado que el Gobierno de Cataluña llevara adelante el referéndum a pesar de que conocía la prohibición explícita dictada por el Tribunal Constitucional? ¿Hizo bien el Gobierno tratando de impedirlo a palos? ¿Reaccionó acertadamente el rey cuando dos días después del 1 de octubre se dirigió a la población con un discurso nada conciliador?

Vamos a las primeras preguntas, las que se pueden intentar responder. Aquí partimos de un malestar latente, y creciente, en un amplio sector de la sociedad catalana, cada vez más convencida de que las autoridades españolas buscan la prosperidad de unas regiones a costa de perjudicar a otras, y que no muestran ningún respeto por la personalidad e identidad del sentimiento nacional catalán. ¿Tienen razón en pensarlo? Esto ya sería motivo de otro análisis; la cuestión aquí es que, según todas las encuestas de opinión, el porcentaje de catalanes que se considera independentista ha crecido muchísimo en los últimos años, hasta acercarse a prácticamente la mitad de la población. En 2007 el entonces presidente de la Generalitat, José Montilla, alertó sobre el “riesgo de desafección” de la sociedad catalana hacia España. Nadie fuera de Cataluña se lo tomó en serio, y el tiempo le ha acabado dando la razón.

Este sector importante de la población se ha ido articulando y organizando a lo largo de los últimos años, y se ha conjurado para alcanzar sus objetivos, ante la pasividad de las autoridades españolas, que no parecen haber interpretado correctamente la dimensión que iba cogiendo el fenómeno. Desde mi punto de vista, esta pasividad queda bien ilustrada por el fracaso de los servicios policiales españoles en su intento de hacer tambalear los preparativos electorales. ¡Ni una sola urna fueron capaces de interceptar hasta el domingo! Y eso que la policía se pasó semanas buscándolas. ¿Qué significa esto? Que ni siquiera se habían molestado en infiltrar agentes secretos en los movimientos independentistas -como sí lo hacían años atrás a los terroristas-, porque en el fondo no le habían dado demasiada importancia al fenómeno independentista catalán.

La dinámica de acción-reacción

Es posible que, fruto de una cierta arrogancia, las autoridades españolas no esperaran más que el “desafío” (así han dicho siempre) llegara tan lejos. Para confirmar esta hipótesis podríamos recuperar algunas de las declaraciones de sus representantes en los meses previos al 1 de octubre, a fin de ver si su previsión era que en algún momento el bloque independentista se resquebrajaría o daría marcha atrás. Que todo lo que venían anunciando que harían eran “bravuconadas”, por usar un término muy propio de los columnistas. Lo que está claro es que el bloque

independentista siguió adelante con su hoja de ruta incluso en el momento inevitable en que tuvo que saltarse la ley española, que desde luego no prevé que una parte de su territorio pueda decidir salir y constituirse en un nuevo Estado.

Este error de previsión, si es que lo consideramos así, explica dos cosas elementales. La primera es que el poder central no se esforzó nunca en diseñar una estrategia de seducción dirigida a aquellos segmentos de la población catalana más susceptibles de abandonar el independentismo y volver al autonomismo. O que cuando se intentó, se hizo tarde y mal. Podría ser una muestra el hecho de que hasta hace sólo unos meses RTVE no ha decidido potenciar su programación en catalán, que tenía totalmente abandonada. Si lo hubiera hecho mucho antes, tal vez habría podido contrarrestar el discurso del malestar, que algunos podrán encontrar muy real y otros muy exagerado, pero que en todo caso es hoy hegemónico entre los medios de ámbito catalán y que, por tanto, ha cuajado en buena parte de la opinión catalana.

La otra consecuencia directa de esta falta de previsión es el mismo operativo policial con el que se intentó impedir la jornada electoral del domingo. Aún no ha aparecido ningún experto que haya analizado su planificación y ejecución desde un punto de vista estrictamente técnico, pero el día que lo haga posiblemente describa los mil y un errores cometidos, y detrás de esta improvisación y mala planificación, sumada a la inesperada firmeza de la respuesta popular, se encuentran la brutalidad de las cargas que vimos el domingo. También entre las fuerzas del orden reinó el caos: algunos comandos intentaron abrirse paso con empujones, otros a golpes de porra.

Por último, el peor error de las autoridades españolas se encuentra en su nula estrategia de comunicación. Mientras los independentistas estaban perfectamente preparados para difundir a los cuatro vientos el más mínimo abuso policial, las autoridades españolas parecían haber olvidado que hoy en día todo el mundo lleva una cámara de vídeo en el bolsillo. Quizás hace diez o quince años habríamos visto sólo las cargas de los puntos más concurridos, donde llegaran las cámaras de televisión, pero hoy hemos visto estas y muchas más gracias a los móviles de la gente, y no es una carga, sino la suma de muchas, la que ha dado esta imagen de brutalidad que ha colocado al Gobierno en una situación muy incómoda respecto a sus socios europeos.

No sé si he conseguido aclararte nada o todavía te he liado más. Quédate con la idea de que si esto lo hubiera escrito otro quizás se habría detenido más en detallarte los aspectos que imposibilitan que la votación del domingo pueda ser considerada un referéndum, o tal vez otro se habría centrado en las víctimas graves causadas por los golpes de porra y las muestras de condena que se han sentido estos días desde diferentes instancias mundiales. Ahora mismo a mí estas dos cuestiones me parecen poco más que anecdóticas, pero cada uno tiene su mirada sobre las cosas, y otros las pueden encontrar capitales. Pero tú tienes que tener tu propia mirada, y por eso lo único que te puedo aconsejar es que bebas de muchas fuentes de información, cuantas más mejor, y que no pierdas de vista que en ninguna de ellas encontrarás la verdad, sino a lo sumo algo que se le acerque.

(*) Víctor Saura *és periodista*

Fotos: Sandra Lázaro

Fotos: Sandra Lázaro

Fotos: Robert Bonet

La fuerza bruta de las imágenes

Los planos reiterados de suma violencia a cargo de guardias civiles y policías nacionales contra pacíficos votantes hablan por sí solos, marcan una conducta y una jornada. Pero atención: no vale quedarse en la superficie de los porrazos reduciendo la noticia del día a la violencia, ya que olvidaríamos los sujetos políticos de fondo, la cuestión

Ramon Miravitllas (*)

Una sola fotografía no puede explicar una realidad y una historia tampoco puede describir del todo un conflicto. ¿La tromba de imágenes que el 1-O inundó los medios de comunicación y los medios de compartir cosas, las redes, puede explicar suficientemente lo que ocurrió en Catalunya? Casi. ¿Por qué? Los periodistas sabemos o deberíamos saber que la realidad entera es inabarcable y que a menudo la verdad está manipulada por intermediarios o por nosotros mismos, que somos nuestro principal enemigo cuando idealizamos los hechos y nos convertimos en propagandistas o jueces. Demasiadas veces la primera víctima de una situación violenta es la verdad.

Durante el intento de culminar un referéndum normalizado nos invadieron las estampas de miembros de la seguridad del Estado extralimitándose en la fuerza para impedir votaciones. Nada nuevo en un mundo donde hasta los dibujos animados enseñan que la violencia soluciona conflictos, donde la seguridad se come a la libertad y donde a diario retransmitimos nuestras vidas: transmitimos lo que captamos. ¿Esta visión óptica es la realidad? Un fragmento de ella sin depurar, en el mejor caso. Todos podemos informar y ser informados en el paraíso digital; espiar y ser espiados. ¿Somos todos periodistas? No. Los tsunamis de imágenes, estáticas o en secuencia, suponen de entrada una sobreinformación dispersa que satura y nos hace difícil descubrir la totalidad de ángulos. Si quien las maneja es ajeno al oficio de comunicar, corren el peligro de ser inconexas, estar salteadas de juicios de valor, sentimentalismo, golpes de efecto y signos de cabreo.

¿Podemos ser neutrales ante la injusticia evidente y repetida de gente mayor ensangrentada por Robocops en versión de aquí? Por supuesto que no, seamos reporteros o camareros, pero únicamente el rigor de un profesional sabrá dotar a los hechos de su veracidad, dimensión, equilibrio y riqueza expresiva; darles un entorno de vivencia, clima y detalles; enmarcarlos en lo importante y no (solo) en lo impactante o anecdótico. Dar enfoque y perspectiva a lo que se acumula ante nuestra retina; cada escena plantea un tratamiento legal, moral y político. Entonces ¿cómo podemos los ciudadanos en general dar sentido a lo que vivimos o vemos en pantalla atropelladamente? La palabra es visión.

Palabras contra la violencia

Cuantas más palabras honestas tengamos y más razonadamente las empleemos al fundamentar nuestro punto de vista, mejor interpretaremos algo turbador, aparatoso e irritante como los espasmos de una violencia tan tozuda y fuera de las reglas. Si nos quedamos solo con la ira, por justa que sea, trasladaremos simplificaciones o partidismos calientes. Habremos quedado a merced de la fuerza bruta de la imagen, nunca mejor dicho. Atrapados en el abrazo hipnótico del "todo imagen", uno de los grandes peligros de la sociedad del ojo que todo lo ve; soltar continuas cataratas visuales sin contexto.

La imagen no siempre se explica por sí misma. Una cadena emitió penosos planos de africanos maltratados por una turba feroz de perseguidores sin decir que los fugitivos habían sido los genocidas de la etnia que les perseguía. La tele suele producir realidad inexplicada a chorro. Cierto que los planos reiterados de suma violencia a cargo de guardias civiles y policías nacionales contra pacíficos votantes hablan por sí solos, marcan una conducta y una jornada. Pero atención: no cabe quedarse en la superficie de los porrazos reduciendo la noticia del día a la violencia, ya que olvidaríamos a los sujetos políticos de fondo, la cuestión.

Por ejemplo, los gobiernos del Estado que en los últimos diez años, sin ir más atrás, han sido incapaces de hallar una salida al "problema catalán". El PP que combatió el Estatut de 2006 y ha vaciado el modelo autonómico desde su mayoría en las Cortes, así como sus mandos de orden público que han planificado tan mal una táctica de neutralización electoral, merecen un cero de la sociedad. Pero tampoco pueden llegar al aprobado quienes han lanzado emocionalmente a ciudadanos contra el Estado y algunos catalanes -la verdad ineludible suele ser incómoda y tener muchos matices- que buscaban una reacción excesiva. La resistencia civil de muchos, los mamporros de otros muchos y las provocaciones de unos pocos son efectos de lo que no aparece en imágenes. De las acciones y omisiones de quienes han propiciado o provocado el fracaso de convivencia.

El riesgo de convertir la información en espectáculo

¿Por qué no podemos ver el paisaje real en su integridad, sino verdades parciales? Porque los intereses políticos o mediáticos, o ambos a la vez, nos lo pintan de terribles luchas entre el bien y el mal, ellos y nosotros, donde los violentos y fanáticos siempre son los otros. Un paisaje de puesta en escena, de terreno de juego de partido (partidista) para volcar la pasión competitiva, de dilema acuciante: apueste por uno. ¿Cómo distinguir a los buenos de los malos en una larga batalla de palabras hirientes que continúa a golpes? Malos los hay en todos los bandos, sin embargo, hemos de aprender a discernir en cada momento quiénes son los dominadores y los dominados; los fuertes y los débiles; las víctimas y los agresores. Dónde está el nudo del asunto y dónde la sobreactuación. Ahí nos surge un nuevo peligro del siglo: la tendencia a convertir la información en lo espectacular. Las

teles no ignoran que los problemas que se presentan con violencia y dramatización intensiva poseen mayor rentabilidad, y así nos llenan de épica de terminators muy tecnificados y de valles de lágrimas. Incluso en las guerras de verdad, la moda periodística es explicarlas mediante una historia individual, preferiblemente con una niña, y santas pascuas.

Conclusión: si no queremos pasar de puntillas por unos sucesos violentos ni sentenciarlos desde una tarima para profes infalibles, si queremos tener un criterio sólido y responsable, ¿qué debemos evitar ante unas imágenes desnudas, sin un texto trabajado que les dé significación? Las interpretaciones lejanas y planas. Las que queman de tan cercanas. Las que han perdido el olfato crítico. Las repletas de odio y cizaña. Las cínicas o escépticas. Las 'gracietas', que la vida va en serio. Inventar héroes, santos y mártires en un álbum de cromos. Caer en la veneración absoluta de los símbolos. (Las rosas de los Mossos antes fueron espinas y no pocas banderas aquí y allí se utilizan para tapar vergüenzas). Finalmente, evitar los fantasmas propios, luchando cada día contra nuestra chulería e intolerancia, nuestros prejuicios y bestias negras.

(*) Ramon Miravitllas *és periodista*

La no-violencia es el motor para transformar la sociedad

La violencia estructural es aquella que encontramos en la propia configuración de la sociedad. Por ejemplo, las desigualdades sociales, sean económicas, raciales, de género, son una manifestación de la violencia estructural. La no violencia es un principio de actuación por el que se renuncia al uso de la fuerza para lograr un cambio transformador, sea social o político.

Carolina Clemente

El 1 de octubre en Catalunya ha sido una jornada que pasará a la historia por muchas razones y una de ellas son las imágenes de violencia que se produjeron a las puertas de los puntos de votación. La violencia por sí misma deja una huella en las retinas pero esta es aún más profunda cuando se ataca a personas que se expresaban pacíficamente. Las imágenes han inundado las redes sociales, los periódicos y las televisiones y han vuelto a poner sobre la mesa la efectividad de la resistencia pacífica no-violenta ante un conflicto. Paradójicamente, estos hechos se produjeron la víspera del Día Internacional de la No Violencia, conmemorado por Naciones Unidas cada 2 de octubre.

A menudo se piensa en la paz como la ausencia de guerra pero que no haya un conflicto bélico no implica que no haya violencia, como se pudo comprobar el 1 de octubre. Tal y como explicó el sociólogo noruego Johan Galtung, la violencia que vemos es la llamada violencia directa, es decir, todos los comportamientos que implican uso de la fuerza como pueden ser las agresiones físicas o con armas. La violencia directa, sin embargo, es sólo la parte visible de una violencia mucho más extensa que abarca las estructuras de la sociedad (violencia estructural) y las actitudes (violencia cultural). La violencia directa a menudo es la respuesta a la existencia de violencia estructural o cultural. Este tipo de violencia, aunque pasa más desapercibida, es muy peligrosa ya que puede derivar en conductas de violencia directa.

Muchas formas de violencia estructural

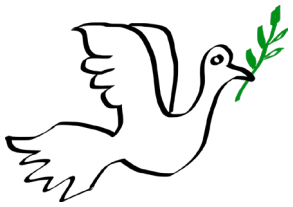
La violencia estructural es aquella que encontramos en la propia configuración de la sociedad como tal, todos aquellos mecanismos que no permiten que los ciudadanos cubran las necesidades más básicas. Por ejemplo, las desigualdades sociales, sean económicas, raciales, de género, son una manifestación de la violencia estructural. Esta violencia puede venir apoyada por la violencia cultural, es decir, por los discursos sociales que aceptan como buenas las situaciones de violencia estructural. Por ejemplo, el machismo sería una muestra de violencia estructural y admitir que los hombres y las mujeres deben tener roles diferenciales en la sociedad es violencia cultural. Las afirmaciones de la violencia cultural pueden llevar a los individuos a renunciar al logro de sus necesidades. En el caso mencionado antes, por ejemplo, a que las mujeres luchen por la igualdad total, como podría ser la igualdad salarial, ante los hombres.

Diferentes colectivos organizados, conscientes de las múltiples violencias presentes en la sociedad, luchan por superarlas. Una manera de hacerlo es a través de la no-violencia. La no-violencia es un principio de actuación por el que se renuncia al uso de la fuerza para lograr un cambio transformador, sea social o político. Es esta intencionalidad la que la diferenciaría del pacifismo que rechaza el uso de las armas pero su militancia no implica una transformación en la sociedad.

Los no-violentos utilizan varios métodos para conseguir su objetivo. Son métodos no-violentos las campañas de educación o persuasión, las manifestaciones pacíficas, los boicots a determinadas empresas, las huelgas de hambre o la no colaboración con el que se considera el violento. Otra de las técnicas no-violentas que se suele llevar a cabo es la desobediencia civil. Esta consiste en no cumplir las leyes por considerarlas injustas o discriminatorias con el objetivo de revertirlas. Por ejemplo, en tiempos de segregación racial en Estados Unidos, los negros tenían asientos diferenciados de los blancos en los autobuses, en la parte de atrás. La afroamericana Rosa Parks (1913 -2005), en un acto de desobediencia civil, se negó a ceder su asiento a un blanco. Por este motivo fue encarcelada pero su acción se considera la chispa del movimiento en defensa de los derechos civiles. Su acción, pues, fue no-violenta ya que tenía el objetivo de transformar la ley establecida.

La figura no-violenta por excelencia, sin embargo, es el Mahatma Gandhi (1869 -1948). Este político, abogado y pensador indio defendió la independencia de la India, entonces bajo dominio británico, a través de actos no-violentos. Llevó a cabo varias huelgas de hambre y participó en varios actos proclamando la resistencia pacífica.

El estado de la paz en el mundo



La paz, idealmente, no es sólo la ausencia de guerra sino la falta de violencias en la sociedad. Medir la paz existente en la sociedad es una tarea complicada justamente por la invisibilidad que tienen algunas de las violencias sociales. Sin embargo existen iniciativas como las del Institut for Economics and Peace. Este centro utiliza hasta 23 indicadores, tanto cualitativos como cuantitativos, que agrupa en aspectos como el grado de seguridad en la sociedad, el alcance de los conflictos internos o internacionales y el grado de militarización de los países.

Durante este 2017, y según estos indicadores, 93 estados han mejorado su estado de paz y 68 lo han empeorado. Los estudios del Institut for Economics and Peace concluyen que “el nivel global de paz se ha deteriorado un 2,14% en la última década” debido, sobre todo, a los conflictos en Oriente Medio, las muertes en los campos de batalla, el aumento del terrorismo y el flujo de refugiados.

Por otra parte, los indicadores de desmilitarización han mejorado considerablemente en las tres últimas décadas. Las causas se encuentran en un desarme muy significativo en el mundo desarrollado y la desintegración de la Unión Soviética.

Simbólicamente se suele representar con una paloma blanca que lleva una rama de olivo en la boca. El origen de este símbolo mundial de paz es bíblico. La paloma habría sido la encargada de ver el estado del mundo después del diluvio universal. Esta simbología se adoptó tras las dos Guerras Mundiales en Europa.

En los años 60 del siglo XX se popularizó otro símbolo de paz consistente en una redonda con tres líneas. Una que divide la redonda en dos verticalmente y dos líneas más que surgen de la mitad de la línea vertical, una apuntando hacia la parte inferior derecha y otro hacia la parte inferior izquierda. En este caso, el origen del símbolo pacifista que más se relaciona con la época hippy fue creado por el diseñador británico Gerald Holtom con motivo de una campaña contra a favor del desarme nuclear.